

Eduardo Pérez Ortiz

18 MESES
DE CAUTIVERIO

De Annual a Monte-Arruit 1921



Eduardo Pérez Ortiz sobrevive de milagro a la matanza desatada tras la capitulación de Monte-Arruit. Su relato, además de ser uno de los escasos testimonios directos del Desastre de Annual, es un apasionante y honesto homenaje a los miles de héroes anónimos que allí perdieron la vida.

«Parece resultar muy cara la carne de gallina». Con este demoledor comentario recibió Alfonso XIII la noticia de la liberación de los soldados a cambio de un rescate de cuatro millones de pesetas. Pero ¿qué sucedió realmente? ¿Se merecían aquellos hombres este despreciable comentario o deberían haber sido recibidos como héroes? Testigo de excepción del Desastre de Annual, el teniente coronel Eduardo Pérez Ortiz, sobrevive milagrosamente a la matanza desatada tras la capitulación de Monte Arruit el verano de 1921. Protegido inicialmente por una cabila rifeña, acaba siendo entregado a Abd el Krim, sufriendo año y medio de atroz cautiverio junto con un grupo de rehenes españoles. Este apasionante relato escrito en primera persona por quien fuera, más tarde, alcalde de Ceuta, está a caballo entre el libro de aventuras y el testimonio histórico de primer orden, por lo que ha gozado de justa fama entre los interesados por nuestro pasado más reciente.

INTRODUCCIÓN

DE UN VIAJE RIFEÑO

No sé muy bien porqué el texto que tiene en sus manos me creó la necesidad de viajar al escenario real del Desastre de Annual. Aun a sabiendas de que el paisaje no iba a mostrarme rastros importantes de aquel traumático hecho de la historia española, algo me empujó a conocer los campos de batalla y esperar que algo, aunque tan sólo fuera la atmósfera, me revelara un vestigio de aquella guerra.

El paisaje aparece inocente, más bien ignorante de que un día estuvo cubierto de cadáveres. No obstante, estimado lector, puede que le ayude conocer someramente alguno de los lugares que visité en el verano del 2006 empujado por una curiosidad histórica de la que ya conocemos alguna «víctima». Son muchas las personas que practicamos ya un nuevo turismo, uno que podríamos llamar, *turismo de escenario histórico*.

Ya veremos que cuando Pérez Ortiz en su prólogo busque argumentos respecto a lo previsible del Desastre, nos dice que para comprender las razones no basta más que comprobarlo sobre el terreno, pues ese no habrá variado.

Tiene razón hasta el punto que para hacerse una idea completa de como sucedió aquella tragedia debe conocerse in situ el escenario. Lo que viene a continuación es un recorrido a día de hoy por la zona del Desastre, y que puede hacerse en un solo día con la intención de conocer en el Rif aquellos lugares donde sucedieron los hechos. Los vesti-

gios que se mantienen no son muchos, así que vamos a por ellos antes de que el tiempo los diluya.

La salida ideal sería desde Melilla, la antigua Rusadir fenicia y pasar a Marruecos por la promiscua frontera de Beni-Enzar. Quien la conoce lo sabe. La intención será atravesar Nador rodeando el Gurugú y tomar la nueva carretera N16 que bordea la costa y llega hasta Alhucemas, actualmente importante enclave turístico. Muy cerca de su bahía se produjo el cautiverio de aquellos militares españoles, pues los Beni Urriaguel mantenían su poblado a unos pocos kilómetros antes de llegar a la bahía, sin que quede en aquel lugar más secuela que el saber donde estaba enclavado.

Antes de llegar a la bahía de Alhucemas, podemos salirnos de la carretera y por el serpenteante camino que atraviesa el río Amekrán divisaremos unas lomas de tonos rojizos sobre las que estuvo enclavada la posición de Sidi-Dris. Con unas espectaculares vistas sobre el mar, aún quedan restos de la fortificación donde unas decenas de españoles sufrieron asedio y muerte sin que los intentos desesperados de rescate desde el mar tuvieran éxito. Aquí en Sidi-Dris, entre los restos de sus muros baleados y el empedrado que se conserva en algunos de sus pabellones, se pueden encontrar cientos de vainas de cartuchos, trozos de botellas y demás enseres y hasta restos óseos que salpican toda la posición. Son los restos del Desastre, de los que allí fueron enterrados durante el asedio y que se nos siguen apareciendo por toda la posición en forma de esquirlas blancas. Su último testimonio en esta solitaria atalaya donde se dejaron la vida.

Abandonamos la costa adentrándonos entre los arenales que rodean Monte Abarrán, esa primera ficha de dominó que cayó aquel verano de 1921, la primera victoria rifeña sobre las tropas españolas de la que nadie quiso sacar conclusiones. Al borde de la carretera de camino a Annual,

podemos detenernos a la sombra de los eucaliptos que rodean el monumento que en caracteres árabes conmemora la victoria rifeña sobre los españoles, en el que se exageran las cifras, y unas pintadas rodean el azulejo con el símbolo rifeño independentista *amazigh*.

En unos pocos minutos, el paisaje se abre en un valle rodeado de montañas y se llega a Annual, cuyo nombre irá siempre unido al de la tragedia y que ahora se nos aparece con un prado ancho y bastante verde salpicado de casas de labor, lo que contrasta con el secarral que esperábamos encontrar pues eso fue lo que encontró el general Silvestre cuando decidió fatalmente plantarse allí con sus tropas.

A partir de ese momento el camino a recorrer será el mismo que aquellas tropas tomaron en su desesperado repliegue hacia Melilla tras los ataques rifeños, y pronto notamos que la carretera que sale de Annual va ganando altura para cruzar el paso del monte Izzumar. Cruzar este desfiladero da idea de lo que debió suponer para la abundante fuerza española pasar por aquí en desesperada huida. Evocaremos aquí el dramático testimonio que nos da Pérez Ortiz cuando contempla la lucha instintiva del hombre por salvar la vida. La actual carretera reproduce de manera casi exacta el antiguo camino de paso, por lo que ni siquiera se hace necesaria una composición de lugar.

Desde lo alto del Izzumar, aún podemos detenernos para intentar localizar en dirección Oeste otra de las posiciones que fueron aniquiladas en los primeros días del Desastre, Igueriben, que mantuvo en este caso una resistencia heroica y ya legendaria. Salvo que se tenga un conocimiento previo de la zona, avisamos que resulta muy difícil distinguir donde se encontró enclavada Igueriben y la Loma de los Arboles.

El siguiente lugar a detenerse será Ben-Tieb, en la actualidad típico pueblo rifeño de casas de tres alturas surgido a ambos lados de la carretera que lo atraviesa y con una docena de calles perpendiculares a cada lado. A la posición

aquí enclavada se vinieron a refugiar las tropas que sobrevivieron a Annual y al paso del Izzumar, con cuyas fuerzas se formó la llamada columna Navarro, Aquí empezaron a valorarse las pérdidas y surgieron las dudas iniciales sobre si se mantenía la resistencia o se continuaba la retirada.

Las mismas vacilaciones se plantearon en la siguiente posición donde las fuerzas se replegaron a Dar Drius, y en este caso sí es fácilmente identificable el lugar donde estaba establecido el poblado español, pues se encontraba en una explanada a las afueras de la actual población y que es donde ésta celebra su mercado semanal.

Al poco de abandonar Dar Drius en dirección a Melilla cruzaremos el río Kert, y unos kilómetros después, pasando casi desapercibido, pues se mantiene seco la mayor parte del año, el río Igan, donde recordaremos que la columna Navarro, en su repliegue hacia Monte Arruit sufrió numerosas bajas, y estas hubieran sido mayores si en la retirada no hubiera sido cubierta por el regimiento de caballería de Alcántara. En esta llanura abandonada hasta por los árboles, tuvieron lugar las míticas «cargas al paso» de Alcántara, hasta la extenuación de caballos y caballeros y cuyo comportamiento salvó el repliegue de la columna a costa de la práctica desaparición del regimiento bajo las balas rifeñas.

Antes de llegar a la populosa población de Monte Arruit, pasaremos aún por El Batel, donde terminaba la línea de ferrocarril que empezaba en Melilla. Ni rastro queda ya de todo aquello. Tampoco recuerda mucho el Monte Arruit actual, localidad que tiene hasta aeropuerto, a aquella posición militar situada —curiosamente— en un llano. La población que vemos ahora se ha extendido sobre las ruinas del antiguo campamento, la mayor parte del cual está hoy ocupado por un populoso mercado al aire libre. Bordeando este, aún se mantienen en pie, del antiguo campamento, unos muros con arcos de herradura que han sido aprovechados como paredes de carga para hacer unas pequeñas viviendas. Algo más alejado se conserva parte de la

antigua aguada junto a un manantial y los restos de un depósito de mampostería.

El resto del camino hasta llegar de nuevo a Nador transcurre solitario. A ambos lados se construyen mansiones los nuevos enriquecidos con el comercio propio de la zona. Desde la carretera entre Nador y Melilla ya se ve la Mar Chica... y se intuye España.

UN MILITAR DE ENTRESIGLOS

Aquel octubre de 1954 en que moría en Melilla D. Eduardo Pérez Ortiz, pocos reconocerían en él, además de su familia, al sacrificado militar que asistió al Desastre de 192.1 y al cautivo de los independentistas rifeños.

Pero su participación en política, sus responsabilidades municipales —entre las que llegaría a ostentar la alcaldía de Ceuta— y su abandono de toda actividad pública después de la Guerra Civil, no habían conseguido hacer olvidar a aquel anciano al borde de los 90 años.

Burgalés de Miranda de Ebro (1865), su carrera militar recuerda tantas otras biografías de entresiglos: desde su ingreso como trompeta en 1884 hasta su jubilación en 1919 como coronel. Participa en las campañas de Cuba y Puerto Rico, y tras la pérdida de las colonias en 1898 vuelve a la península donde se le destina al frente norteafricano, tomando partido en la llamada Guerra del Kert de 1911. Era la primera toma de contacto del militar con aquel terreno que tanto vendría a significar en su vida.

Habría que decir ahora que en todos los destinos fue labrando su fama de hombre pundonoroso y honrado, insoportable y sincero. Y que, junto a esta faceta de militar de primera línea, desarrolla cierta actividad en las letras, pues, además de dos obras de temática militar, publica artículos en diarios madrileños y melillenses, a veces bajo el seudónimo al que lo obligaba su condición militar.

Teniendo en cuenta esta manera de ser, no es difícil imaginar que todas aquellas mentiras oídas y todas las verdades silenciadas tras el Desastre de Annual, lo empujaron a dar su versión de lo que de primerísima mano conocía. Este libro es el producto de ese compromiso con su conciencia.

Cuando abandona la vida militar por jubilación en 1919, y ya viviendo en Ceuta, su interés por mejorar las condiciones de vida en la ciudad le llevan a integrarse en la Conjunción Republicano-Socialista y es candidato municipal en las elecciones de 1931.

Siendo el segundo en número de votos, es nombrado alcalde durante unos meses, pues dimite el 21 de enero de 1922, en medio de tensiones e intereses partidistas que no debieron ser más que fuente de sinsabores para un hombre de la generosidad de Pérez Ortiz.

Pero tampoco sería este el peor de los sufrimientos para nuestro hombre, pues durante la Guerra Civil, y ya de vuelta en Melilla, su querido hijo Eduardo, aquel del que leemos que fue a recogerlo a Axdir tras su cautiverio, es detenido y fusilado en el campo de concentración de Tetuán en abril de 1937. Y también por aquellos años debe asistir a la depuración política de su yerno, Miguel Vila Calzada, al que estaba muy unido, como veremos.

Recordaremos aquí que después de las penalidades sufridas en el cautiverio de Axdir, recibe Pérez Ortiz la Medalla de Sufrimientos por la Patria. Probablemente nadie le dijo que debía seguir ganándosela después de prendida en el pecho.

LA CRÓNICA DE UN DESASTRE

A día de hoy se puede decir que esta narración resulta muy necesaria si queremos conocer de primera mano las circunstancias del Desastre militar de aquel verano de 1911 en el Rif, y es imprescindible si lo que queremos es conocer

el cautiverio de aquel grupo de españoles a los que Abdel-Krim trató como botín de guerra y objeto de chantaje. Pero el motivo último para sacar el relato a la luz veremos que lo cuenta Pérez Ortiz en su prefacio. Y se revela como una auténtica declaración de intenciones.

Constituyen ambas circunstancias (Desastre y cautiverio) dos ámbitos muy distintos, pues si al primero lo determina la actividad física sin tregua y hasta el agotamiento, la segunda parte de la narración nos destaca el acabamiento moral de aquellos hombres que se sienten abandonados de todos y a los que las pocas noticias que le llegan de la Patria por la que han luchado son en muchos casos desalentadoras.

A ambos periodos dedica el autor casi idéntico espacio en su libro, y siempre describe con sencillez la realidad de los acontecimientos. El ritmo de la narración cambia bastante de uno a otro, como veremos, y es en la segunda parte cuando las valoraciones personales de la situación se hacen frecuentes. A pesar del sacrificio físico permanente y del maltrato psíquico al que están sometidos, Pérez Ortiz no pierde en ningún momento el sentido de la realidad de los hechos. No se deja llevar por primeras impresiones ni cae en exageraciones: desgraciadamente no son necesarias. Por el contrario, podemos tener a veces la impresión de que procura minimizar el grado de la tragedia, lo que vendría a ser una forma de protección del ánimo propio.

Si ya hemos destacado la sinceridad de que se hace gala durante todo el relato, habría que decir también en honor a la verdad que hay varias ocasiones —muy pocas— en las que sí hay que leer entre líneas. Intuiremos así que las relaciones entre el teniente coronel Pérez Ortiz y el general Navarro no siempre fueron buenas, y en ocasiones muy malas. Pero hasta en esto cuesta sacarle un reproche a nuestro hombre, fiel al militar al que debe obediencia.

Por otra parte, y aunque a priori pueda parecer lo contrario, no todo es tragedia en este libro. Aun en medio del

sufrimiento, hay ocasiones en las que el autor sabe utilizar la fina ironía y hasta el humor. Muy esclarecedores son los comentarios que hace Pérez Ortiz de aquel remedo de Estado que fue la República del Rif. Debe tenerse en cuenta que cuando se escribieron estas páginas no estaba en boga lo que ha venido a llamarse «corrección política», afortunadamente para nosotros, deberíamos decir. De esa forma, no creo que se nos pueda tachar de exagerados si decimos que la realidad que nuestro militar nos describe no participa de ese mito del buen moro o moro amigo, tan del gusto de cierta literatura que entonces y ahora se ocupan de la presencia de España en el Rif. Pero no adelantemos acontecimientos.

SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN

Como no podía ser de otro modo, en todos los sentidos se ha procurado respetar la única edición existente del libro.

Hay que tener en cuenta que si Eduardo Pérez Ortiz es liberado en enero de 1923, esta obra se da a la imprenta sólo unos meses después. Y hay dos motivos para que esto ocurra tan rápidamente. Por una parte, el autor había estado tomando notas de su odisea durante todo el cautiverio, lo que supondría un trabajo adelantado, y aún más cuando las notas de los últimos días antes de la liberación se limita a transcribirlas literalmente. Por otra parte, cabe suponer que en su interés de editar estas páginas se viera apoyado por su yerno Miguel Vila Calzada, propietario de la editorial melillense Artes Gráficas Postal Express, que es la que se encarga de la impresión.

Nos parecía tan importante la reedición de esta obra como la concibió su autor que hemos querido mantenerla tal y como vio la luz en Melilla, su única edición. Quiere esto decir que no sólo ha sido fiel este libro a la letra de la edición original, sino que no hemos querido añadir notas

aclaratorias, que, por otra parte, tan innecesarias las hace el propio autor.

Hemos procurado incluso mantener la puntuación originaria, aun a riesgo de plagar los párrafos de comas, como era usual en la época, y se respetan igualmente los entrecuillados y las cursivas, así como los nombres propios que usa el autor referidos a personas o topónimos del Rif, incluso cuando no coincidan con los que más tarde han venido siendo de uso mayoritario. Mantendremos así, por ejemplo, Avdir por Axdir cuando nos referimos al poblado donde sufren cautiverio.

Se puede decir por tanto que sólo se ha modificado lo que hemos considerado que ya en la primera edición del texto se pudo tratar de errores tipográficos, pero que la inexistencia de una reedición impidió su corrección.

AGRADECIMIENTOS

Desde Melilla, Juan Diez Sánchez, de la Asociación de Estudios Melillenses, nos alentó desde el principio en la idea de esta reedición y ayudó especialmente a conocer más datos de la biografía de nuestro autor. Él mismo los tiene parcialmente publicados en el suplemento dominical de El Telegrama de Melilla, de los domingos 22 y 29 de enero de 2006.

Desde Ceuta, Francisco Sánchez Montoya, autor del libro Ceuta y el Norte de África: república, guerra y represión, al que agradecemos los datos facilitados respecto a la biografía de Pérez Ortiz en su etapa ceutí.

En Madrid, visitamos en varias ocasiones el Instituto de Historia y Cultura Militar y contamos con la ayuda de María Pilar Cabezón, responsable del departamento de Reprografía. Allí visionamos cientos de fotos con el fin de que alguna de ellas ilustrara este volumen.

Agradecimiento también a los editores de Interfolio por esta prometedora colección de tan amplio espectro y en la

que, de manera excelente en el presente texto, encaja su *slogan* principal: «Los testimonios de quienes han estado allí». En el caso de esta publicación, además, demuestran que, por encima de cualquier otro interés, valoran la necesidad de que un libro como este, clásico ya entre las publicaciones relacionadas con el Desastre, pueble de nuevo los estantes de las librerías.

Por último, me permitiré comentar la circunstancia personal que acaba en este libro. La primera vez que entre a fondo en la terrible historia del Ejército español aquel verano de 1921, la oí a pleno pulmón en el patio del Regimiento de Caballería Alcántara 10 en Melilla. Allí, tres o cuatro cientos de uniformados escuchábamos en formación el relato vibrante del coronel D. Alfredo García-Prieto Huelto, que nos relataba los hechos.

Era un 25 de julio, día de Santiago Apóstol, y a muchos nos impresionó la historia de aquellos españoles que, llegados de todos los puntos del país, se dejaron la vida en las llanuras rifeñas. A la memoria de todos ellos va dedicada la reedición de este libro.

Jesús M. Sánchez
Madrid, 2010

EL MUNDO EN 1921

Enero.— El Gobierno de España establece el seguro obrero obligatorio para todos los trabajadores.

—Las mujeres obtienen, en Suecia, el derecho a votar.

Febrero.— En Madrid se produce la reapertura de las Cortes españolas tras el cambio de Gobierno.

—Charles Chaplin estrena su película El chico.

—En Irlanda estalla la guerra contra el ejército británico.

Junio.— El día 25, en el aeródromo de Getafe (Madrid), emprende el vuelo por primera vez el autogiro La Cierva.

—Con motivo del séptimo centenario de la catedral de Burgos son trasladados los restos del Cid, doña Jimena y San Fernando.

—Ortega y Gasset publica España invertebrada.

—Fracasa el primer intento de ascenso al monte Everest que acaba en tragedia.

Agosto.— En La Haya (Países Bajos) se celebra el Congreso Internacional sobre los Derechos del Hombre.

—Nace Fernando Fernán Gómez, escritor, actor y cineasta español.

—Vicente Blasco Ibáñez publica su obra Los cuatro jinetes del Apocalipsis.

Octubre.— Se inicia en Estados Unidos el segundo proceso del caso de los anarquistas Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti.

—Frederick Banting y Charles Best consiguen insulina para el tratamiento de la diabetes.

Noviembre.— El príncipe Hirohito se hace cargo de la regencia del Japón.

—En España, la fusión de los grupos escindidos del PSOE, Partido Comunista Español y Partido Comunista

Obrero Español da lugar a la creación del Partido Comunista de España.

Diciembre.— Albert Einstein recibe el premio Nobel de física.

—Irlanda se independiza de Inglaterra.

